

y ata á sus pies el carro de la suerte.
De Italia, ese encantado paraiso,
víctima bella del furor de Marte,
do la mano de Dios derramar quiso
las perlas brillantísimas del arte,
vió la imagen pasar, y en sueños de oro
realizar intentó raro portento,
feliz uniendo en armonioso coro
á través de la guerra y de su espanto,
de los serenos dioses el acento
y de los puros ángeles el canto.

Y plugo á Dios tan grande maravilla
decretar desde el sólio omnipotente,
y á la esfera eternal do el angel brilla
arrebató á Gonzalo en nube ardiente.
Hízole entonces ver un gran destino,
cuyas sombras trocáronse en fulgores;
y sembrando de abrojos un camino
que ante sus pies se cubrirá de flores,
vistió su mente de divinas galas,
templó su espada en la fulmínea lumbre
del rayo abrasador, dióle las alas
que ostenta el génio en la celeste cumbre,
y con su voz que sobrepuja al trueno,
al gigante aquilón y al mar profundo;
«vence, le dijo, de temor ageno,
«que ese rayo es purísimo y fecundo,
«y esta gran tempestad lleva en su seno
«la paz, la gloria y la salud del mundo!»

¡Oh qué tremenda lucha!
Solo el ronco cañón doquier resuena

y en tristísimos ayes le responde
siempre el mortal de angustia el alma llena.
Entre negro crespón su faz esconde
el rojo sol, que iluminar no puede
tanto estrago y horror su luz serena.
El Ponto inmenso tiembla y retrocede
sus movibles montañas alejando
del golfo de Parténope, y trocando
en arpa de oro sus sonantes olas,
de Gonzalo los triunfos va cantando
y el poder de las armas españolas.

Cual ángel vengador que desde el cielo
desciende al mundo con la diestra armada
de flamígera espada
que por doquier esparce horrible duelo,
así Gonzalo en la batalla ruda
sigue del génio la gloriosa vía:
sabe que Dios con su poder le escuda
y con su mano próspera le guía.
En alas de la fé camina ciego
sin temer nunca de la guerra el fuego,
que en él mira su mágica corona,
y del cañón el hórrido estampido
cual música marcial suena en su oído
que sus triunfos magníficos pregona.
Es el rayo potente que aniquila
sólo al fulgor de su tremenda llama:
es inmenso volcán, lava destila;
catarata es de Dios, fuego derrama.
Es la horrisona tromba que se ostenta
cual columna entre el cielo y el abismo,
y con furia mayor que la tormenta

turba el cielo y el mar á un tiempo mismo.
Es el carro de llamas fragoroso
en que vendrá á la tierra el soberano
del cielo luminoso,
cuando el divino apoyo de su mano
pierdan y en tumbos caigan las estrellas;
cuando á extinguir del sol las luces bellas
bramando suba el férvido Océano!

Con pavor misterioso retemblaban
de Nápoles las huecas catacumbas,
y los héroes de Roma se admiraban
bajo el hielo y el mármol de sus tumbas.
Doquier que España mira
en el azul espacio,
mil mágicas estrellas aparecen;
doquier que osado gira
su brazo vencedor, brota un palacio;
doquiera que su aliento
divino se respira,
lauros y flores á millares crecen.
De Francia las legiones
al poder sucumbieron de su mano;
sus preciados blasones,
sus bélicos pendones,
veloz arrastra el ráudo Garellano.

Oh Gonzalo inmortal, génio eminente,
que en la plácida luz del cielo bañas
tu noble excelsa frente;
ansiosos de cantarte dignamente,
de celebrar tus ínclitas hazañas,
abrasados de amor los vates piden

luz á la pura y encumbrada esfera
donde sus altos númenes residen.
Sube á ese trono, sube,
que te labró solícita la historia,
y de aromas envuelve en áurea nube
con dulce aliento la brillante gloria.
Tú abriste á España el porvenir risueño
que su inmensa ambición le prometía;
tú realizaste su mejor ensueño
dándola osado un mundo de armonía,
de esplendor, de grandeza y de poesía.
Tu espada fué la mágica centella
que la primera lumbre
llevó de libertad á Italia bella;
tu fuerte brazo, al penetrar en ella,
supo empujar el sol hasta su cumbre.

Italia que antes era,
apesar de sus lazos inmortales,
un reino dividido
de hirviente sangre en piélagos hundido,
á vislumbrar las dichas celestiales
de la sagrada libertad empieza,
y sus antiguas glorias recordando
va con gentil denuedo, restaurando
los timbres de su olímpica grandeza.
Por tí, noble Gonzalo poderoso,
es libre, grande y fuerte:
ya no es su vida interminable muerte:
ya no teme al belígero coloso
que devorar al mundo pretendía:
ya no le causa espanto
su terrible poder, no, que en Lepanto

uniendo á la española bizzarría
su sin igual valor, al monstruo fiero
tumba en el mar abrió con fuerte acero.

Descansa en las mansiones
de aroma y luz eterna donde quiso
Dios al justo ofrecer un paraíso.
Jamás el fuego impuro
te abrasó de bastardas ambiciones;
por eso aquí con plectro soberano
los vates dan tu nombre al viento ufano
en levantado son que al cielo llega
y por sus anchas bóvedas retumba:
si á cantarte Sannázaro se niega,
te canta el gran Homero hasta en su tumba;
que realizados mira
en tí los grandes sueños de su mente
el valeroso Aquiles, y el prudente
Rey cuya gloria eternizó su lira.

Córdoba, tú que viste
los primeros fulgores
de este génio inmortal, y le adormiste
como madre feliz llena de amores;
sino en el centro de tus fuertes muros,
en los dominios puros
de tus áuras, tus árboles y flores,
ríndele culto, canta sus victorias,
su esplendor y grandeza soberana,
y otros hijos tendrás que iguales glorias,
que iguales triunfos te darán mañana.



A UNA JOVEN RELIGIOSA
En el día de su Profesión



A UNA JOVEN RELIGIOSA
EN EL DÍA DE SU PROFESIÓN

JOVEN que en tus tiernos años,
en tu hermosa primavera,
dejas el mundo y sus galas
y en triste claustro te encierras:
vive tranquila y dichosa
en esa ignorada celda,
do tu belleza se oculta
como en su concha la perla:
y aunque el mar de las pasiones
inunde toda la tierra,
tranquila cual un arroyo
resbalará tu existencia
por un delicioso campo
sembrado de flores bellas.

Vive feliz, y en las alas
del cófiro que te besa,
suba al cielo tu perfume,
aromática azucena,

que mucho al Señor agradan
las flores de la inocencia.

No escuches nunca del mundo,
de sus pompas y sus fiestas,
el rumor que vagaroso
viene á turbar la conciencia,
que la voz de los placeres
es la voz de la sirena,
y oculta tras cada rosa
hay una sierpe que acecha.

Duerme feliz bajo el ala
del ángel de la pureza,
que cual escudo divino
de todo mal te defienda;
duerme... duerme... y de la infancia
las ilusiones risueñas
en blanca nube de aromas
tu faz seductora envuelvan.

Duerme, que los sueños guardan
regaladísimo néctar
para quien lleva en la frente
del santo candor la estrella;
duerme, que el amor, la gloria,
esas brillantes quimeras
que nuestra mente acarician,
son llamas, llamas intensas
que de lejos nos deslumbran
y nos abrasan de cerca.

Duerme, sí, que de la vida
en la triste noche horrenda,

el mortal sólo concibe
dichas en tanto que sueña...
Y al despertar te hallarás
en la mansión placentera
de flores inmarcesibles
y de venturas eternas.



En el Album de las Señoritas
D.^a María Teresa y D.^a Asunción Ziriza



EN EL ÁLBUM DE LAS SEÑORITAS

D.^a María Teresa y D.^a Asunción Liziza

VOSOTRAS que sois dechado
de talento y de hermosura,
decidme donde fulgura
la divina inspiración;
ese sol que en vuestra frente
su mágica luz derrama
y en cuya divina llama
arde vuestro corazón.

Mostrad la florida senda
que al templo del Arte os guía,
y de la sacra Poesía
al altar me acercaré,
y allí mi mezquina ofrenda,
entre las galanas flores
de otros nobles trovadores,
confundido dejaré.

Ya que os ofrezco los dones
de mi escaso, pobre ingenio,
quisiera en alas del Génio
arreatado volar,

y que un hada misteriosa
diése á mi voz y mi canto
la dulzura y el encanto
que sólo puede admirar.

¿Mas quién ante vuestros cuadros
enagenado no siente
la inspiración en su mente
cual súbita llama arder?

¿Quién del génio soberano
al presenciar la victoria
no oye la voz de la Gloria
ni proclama su poder?

Hay otro mundo más bello,
donde reina la armonía,
donde mora la Poesía
con su hechicero fulgor;

y en ese mundo del Arte,
santo Edén de Dios querido,
vosotras habeis cogido
la más peregrina flor.

¡Oh morada deliciosa!
¡Oh mar de eterna bonanza!
En tí vive mi esperanza,
reposa mi porvenir,
y mis dulces ilusiones
tienen su esfera luciente;
tú eres mi luz y mi ambiente,
sin tí no puedo vivir.

¡Oh génio, génio divino
que á los cielos te elevaste
y desde allí derramaste
el fuego de la creación!

¡Quién pudiera una centella
de esa purísima llama
en que tu mente se inflama
tener en el corazón!

¡Quién viviera en ese mundo
que creó tu pensamiento,
y embriagado con tu aliento
en delicioso soñar,

en ese flagrante carro
que labran las ilusiones,
á las celestes mansiones
alzárse á despertar!

¿Quién al mirar de Murillo
una Virgen seductora
renacer la bella aurora
de su inocencia no vió,

y en éxtasis deleitoso
la región de la belleza,
el Edén de la pureza,
anhelante no buscó?

Los ojos al cielo suben
vagando en plácido giro
y en los lábios un suspiro
bulle y se quiere escapar.

llevándose el alma pura
entre sus alas de fuego

á ese Edèn que el hombre ciego
busca y no sabe encontrar.

Dichosa el alma que vuela
por esa celeste vía
y embriagada de ambrosía
baja al yermo terrenal,
y en sus alas protectoras
mil espíritus llevando
y los astros eclipsando
sube al Olimpo eternal.

Dichosa el alma que bebe
de ese néctar soberano
que le prodiga la mano
del amor y la virtud,
y sin ver nunca marchitas
las flores de su esperanza,
vive en plácida templanza
y en eterna juventud.

Mas ya mi mente cansada
tender no puede su vuelo:
perdonad si en éste cielo
dejo una nube no más,
que los espléndidos rayos
de tantos y tantos soles
sus sombras en arreboles
convertir logren quizás.

Y vosotras que brillais
con la corona de Apeles,
esmaltando sus laureles

vuestra belleza y candor,
aceptad aquesta ofrenda
de mi escaso ingenio fruto,
con que os da pobre tributo
un oscuro trovador.



A LA SEÑORITA
D.^a María del Amparo Jiménez Rivero
Despues de haberla oido cantar